

to se constituirá la unidad del mercado internacional y más pronto una cualquiera de sus partes sufrirá las consecuencias de lo que ocurre en las otras. Lo mismo ocurrirá con el desarrollo del crédito, que facilita el súbito crecimiento de la producción. El mismo efecto ocurrirá también con el crecimiento de la riqueza, que no significa otra cosa sino el aumento de los capitales disponibles para el aumento de la producción. Ciertamente es que perturbaciones *locales ó particulares* pueden ser fácilmente remediadas gracias á la masa de los capitales, al crédito y á la rapidez de los medios de comunicación. Y, como ya lo ha demostrado Engels, se han suprimido así toda una serie de causas de crisis y de focos de crisis. Pero ¿cómo podrá la evolución indicada evitar una superproducción general? Ahora bien; si la superproducción es general, la quiebra lo será también. La prosperidad y la crisis están indisolublemente unidas en la sociedad capitalista.

Con esto no queremos decir que la próxima crisis será la última, la que ponga término al actual estado social.

Pero ¿y los *trusts*? ¿No son medios de limitar y regular la producción, evitando así la superproducción y la crisis?

Su *objeto* ciertamente no es ése. Su misión es aumentar el beneficio del capital. Uno de los medios para conseguirlo es elevar los precios, y por consecuencia aumentar los beneficios, reduciendo la oferta en los mercados. Pero por este procedimiento no se puede elevar arbitrariamente los precios, ni aun cuando se es dueño del mercado gracias al monopolio, que es lo que ocurre con los *trusts*. A medida que suben los precios, disminuye la deman-

da y al mismo tiempo crece en los capitalistas que no forman parte del *trust* el deseo de participar del beneficio excepcional fundando empresas concurrentes, y de este modo se suprime el monopolio, la producción aumenta todavía más.

De esta manera se impone un límite á la restricción de la oferta en el mercado, restricción producida por el *trust* ó *cartel*.

Por otra parte, en igualdad de circunstancias, el provecho es tanto mayor cuanto que se produce con menores gastos. Ahora bien; se produce con gasto tanto más pequeño cuanto en mayor escala se produce.

Cuanto más grande es la escala en que se produce, más puede perfeccionarse la explotación desde el punto de vista técnico y en mejores condiciones se coloca para matar en germen toda la concurrencia que amenazara el monopolio, del *cartel*. Y cuanto más grande y rápido es el movimiento de las transacciones, más se eleva el beneficio en igualdad de circunstancias.

Del *cartel* pudiera decirse con más razón que de Marx, que le animan dos almas, una con tendencias á la mayor limitación, y otra á la mayor extensión posible de la producción. Pero las gentes que forman los monopolios no son espíritus especulativos, sino hombres de acción, y lejos de que sus dos almas combatan entre sí, tratan sencillamente de aprovechar las dos tendencias para obtener nuevos beneficios en otros mercados.

En el mercado interior se restringe lo más posible la oferta, y así se produce una subida lo mayor posible. Pero sólo se restringe la *oferta*, no la *producción*. Esta aumenta todo lo posible, y el exceso es enviado al extranjero. Cuanto más se ele-

van los precios y los beneficios en el mercado interior, mejor puede la concurrencia rebajar el precio en el mercado exterior. Y si en este último mercado sólo se cubren los gastos, es, sin embargo, provechosa aquella venta, porque permite que continúe la producción en gran escala.

Luego cuando se trata de industrias productoras en grandes masas para la exportación—y precisamente éstas son las que más tienden á la superproducción—no puede esperarse de los *trusts* que regulen el límite de la producción.

Los Estados Unidos son el país de los *trusts*, y no vemos que en ellos sea limitada la producción. En los últimos cinco años la producción de fundición en los Estados Unidos *ha más que duplicado*. En 1894 se elevaba á poco más de seis millones y medio de toneladas; en 1898 llegaba casi á 12 millones, y para 1899 se calculaban, según los resultados del primer semestre, 14 millones. (*Lawson, Bankers Magazine.*)

No puede negar Bernstein que los *trusts* en ciertas circunstancias tienen por efecto impulsar la superproducción.

«Pero—objeta—esta maniobra no da buen resultado sino allí donde los derechos protectores garantizan al *cartel* una protección eficaz, impidiendo al extranjero que le pague en la misma moneda.»

Ó más bien:

«Convencido de que cuando en los Estados industriales modernos los *trusts* y los *cartels* están sostenidos y acentuados por derechos protectores, deben convertirse fatalmente en factores de crisis de la industria respectiva, si no inmediatamente, al menos finalmente, lo mismo para el país «protegi-

do» que para los demás. Falta saber cuánto tiempo tolerarán los pueblos respectivos este estado de cosas.»

Así, pues, los *cartels*, lejos de regular la producción, deben originar la crisis, y la cuestión es tan sólo «saber cuánto tiempo tolerarán los pueblos este estado de cosas».

Esa es, en efecto, la cuestión. Pero Bernstein ha dado la callada por repuesta, como ha hecho con muchas otras.

Bernstein partía del supuesto de que la extensión del mercado internacional, el aumento de la riqueza, la elasticidad del crédito moderno, todos estos elementos unidos á la formación de *cartels* entre industriales, había hecho improbables las crisis generales *por un tiempo bastante considerable*. Y he aquí que de pronto se reconoce que esos *cartels* son nuevas causas de crisis, por lo menos mientras los pueblos toleran las tarifas protectoras; luego así será *«por un tiempo bastante considerable*. No tenemos probabilidades de que vuelvan los tiempos del librecambio. En tanto que los pueblos toleren el capitalismo, tolerarán también las tarifas protectoras, precisamente á causa de su superproducción siempre creciente. El régimen capitalista no tiene remedios contra la superproducción; las tarifas protectoras son á lo menos una tentativa para atenuar sus malos efectos, ó más bien para hacer que recaigan sobre otros países. Pero estas tarifas sólo producen efecto hasta el día en que otros países las introducen á su vez. Se aceptan con más facilidad que se suprimen, sobre todo en un período de concurrencia tan violenta, y el fracaso de la tentativa produce una elevación de las tarifas, mejor que su supresión.

¿En dónde vemos hoy en los partidos burgueses un movimiento en favor del libre cambio? Con ellos solamente se puede preguntar si serán mayores ó menores los derechos de aduanas, si habrá tratados de comercio ó guerras de tarifas. ¡Pero libre cambio! Para el capitalista es un ideal del pasado. El librecambio es uno de los numerosos argumentos que demuestran que Inglaterra es un país excepcional. Y, sin embargo, hasta en Inglaterra gana terreno la propagación en favor de las tarifas protectoras.

Si, pues, la supresión de los efectos de los *cartels*, que determinan las crisis, depende de la introducción del librecambio, estos efectos tienen vida asegurada para mucho tiempo. La crisis próxima, que probablemente ocurrirá dentro de dos ó tres años, no se evitará gracias al librecambio.

Pero los *cartels* y los *trusts*, sobre todo los *trusts* más poderosos, no ejercen influencia solamente en el mercado internacional porque estimulan la producción y la concurrencia, sino también porque suministran un alimento á la especulación.

Bernstein opina que la especulación no es más que una enfermedad infantil del régimen capitalista, enfermedad que desaparecerá con el tiempo.

«La especulación está condicionada por las relaciones mutuas de circunstancias conocidas y desconocidas. Cuanto más prevalezcan las últimas, más florecerá la especulación, y cuanto más sean rechazadas por las primeras, más le faltará el terreno. Por eso las más locas extravagancias de la especulación comercial coinciden con el *comienzo de la era capitalista* y hábilmente celebra sus más salvajes orgías en los países de reciente desarrollo capitalista.»

Pero ¿qué es lo que desarrolla el capitalismo en esos países? Principalmente los capitales superfluos de los países de un industrialismo menos reciente. Los elementos del mercado que no se pueden conocer en aquellos jóvenes países, desarrollan en los otros una especulación tanto más desenfrenada cuanto mayor número de capitales extranjeros coloquen aquellos países. «Las más salvajes orgías» de la especulación argentina y transvaliana se han celebrado no tan sólo en Buenos Aires y en Johannesburgo, sino también en la antigua y honorable «City» de Londres.

Los «elementos que no se pueden conocer» son muy numerosos proporcionalmente cuando se abren nuevos países á la civilización europea; lo son también cuando se aplican nuevos descubrimientos, cuando se crean nuevas ramas de industria y ofrecen así una base á la especulación. No puede pretenderse que uno ú otro de estos dos últimos factores desaparezca á medida que nos alejamos de los principios de la sociedad capitalista. Al contrario.

Y tampoco puede pretenderse que la especulación sea hoy menor que en otros tiempos.

Los capitalistas fueron prudentes mientras se experimentaron los efectos de la terrible depresión de 1874-1888. Pero hoy especulan con más ardor que nunca. Tomamos del *Deutscher Economist* del 22 de julio de 1899 algunas cifras para ser más precisos.

En el Imperio alemán, el capital efectivamente colocado en emisiones se eleva en millones de marcos:

## Emisión de títulos de todas clases.

| AÑOS      | TITULOS | AÑOS                     | TITULOS |
|-----------|---------|--------------------------|---------|
| 1887..... | 1.008   | 1894.....                | 1.420   |
| 1888..... | 1.985   | 1895.....                | 1.375   |
| 1889..... | 1.745   | 1896.....                | 1.896   |
| 1890..... | 1.520   | 1897.....                | 1.944   |
| 1891..... | 1.217   | 1898.....                | 2.407   |
| 1892..... | 1.016   | 1899 (6 me-<br>ses)..... | 1.595   |
| 1893..... | 1.266   |                          |         |

## Emisión de acciones de Sociedades industriales alemanas.

| AÑOS      | ACCIONES | AÑOS                     | ACCIONES |
|-----------|----------|--------------------------|----------|
| 1887..... | ?        | 1894.....                | 79,0     |
| 1888..... | 194,5    | 1895.....                | 223,2    |
| 1889..... | 337,4    | 1896.....                | 333,9    |
| 1890..... | 200,5    | 1897.....                | 318,2    |
| 1891..... | 29,7     | 1898.....                | 520,6    |
| 1892..... | 14,8     | 1899 (6 me-<br>ses)..... | 518      |
| 1893..... | 25,3     |                          |          |

La segunda columna permite seguir muy bien el ciclo industrial, con su apogeo en 1889, su punto inferior en 1892, el renacimiento de 1895 y el impulso prodigioso en los últimos años; el primer semestre de 1899 vió nacer tantos valores industriales como todo el año precedente, que era un año de gran prosperidad.

Citemos todavía una serie de cifras que demuestran el agio medio de emisión de las acciones industriales alemanas: Era en

| AÑOS      | ACCIONES   | AÑOS                     | ACCIONES |
|-----------|------------|--------------------------|----------|
| 1888..... | de 38,06 % | 1895.....                | 38,6     |
| 1889..... | 45,87      | 1896.....                | 36,1     |
| 1890..... | 30,05      | 1897.....                | 66,7     |
| 1891..... | 20,0       | 1898.....                | 67,7     |
| 1892..... | 14,7       | 1899 (6 me-<br>ses)..... | 69,9     |
| 1893..... | 29,1       |                          |          |
| 1894..... | 31,0       |                          |          |

A este propósito hacía observar la redacción de la citada hoja: «Los cursos de emisión han alcanzado una altura *jamás conocida*. Además es una regla constante que los títulos suben muy por encima de los cursos de emisión. Ya hemos demostrado lo que hay de *enfermizo en estas exageraciones...* En realidad, no es la idea que se forma del alto valor del negocio lo que hace subir los cursos, sino sencillamente la idea muy arraigada en todos de que los cursos subirán todavía, es decir, la especulación á la alza. La tasa aún no alcanzada de la prima de emisión, cerca de 70 por 100, demuestra que esta especulación ha tomado una extensión como todavía no se había visto nunca».

En análogos términos se expresa Lawson en el artículo antes mencionado, á propósito de la especulación en Wallstreet. Dice que sin la prudente política de las bancas de Nueva York hubiera habido una nueva edición de los escándalos del Mar del Sur. Y son los *trusts* la principal causa de esta descarada especulación.

Los Estados Unidos son el país de los *cartels*, tienen la organización del crédito más elástica del mundo, una riqueza enorme, un sistema perfeccionado de comunicaciones y de transmisión de no-

ticias, el mercado nacional mayor del mundo; y sin embargo, en los Estados Unidos se produjo la crisis más terrible de las que se conocen en los últimos diez años (1893-1896).

Admitamos, sin embargo, que los *cartels* estén realmente en condiciones de evitar las crisis limitando la producción. ¿Qué ganarían con ello los proletarios y las clases medias? Los *cartels* son uno de los medios más poderosos para expropiar á los pequeños capitalistas. Si la crisis, que obra en el mismo sentido, no se evita más que con los *cartels*, no es menos insoportable la tiranía del gran capital. ¿Y los proletarios? Se sabe que la unión de los negociantes en Sindicatos no favorece ni el alza de los salarios, ni el desarrollo de los Sindicatos de obreros, ni la independencia de los obreros. ¿Obtienen éstos al menos como compensación, una ocupación más constante? Precisamente allí donde triunfa el *cartel* realmente limitando la producción, es menos constante la ocupación. El *trust* puede obtener la mayor productividad del trabajo mucho más fácilmente que una empresa aislada. El *trust* reduce á la inacción las pequeñas empresas irracionales, simplifica la administración, aumenta la división del trabajo y excita con la enormidad de sus capitales disponibles á ensanchar la aplicación de nuevos inventos. Y si á todos estos progresos se une la limitación de la producción, resultará de ello una reducción mayor todavía del número de obreros.

Es posible que una parte de los obreros, los más aptos y los más hábiles, tengan, gracias al *cartel*, un trabajo más constante; para los demás obreros esta ventaja se traduce en un paro más frecuente.

¿Cómo puede prevenir la crisis el *cartel*? Unica-

mente limitando la producción. Pero ya hemos visto que es una condición vital de la forma capitalista y sobre todo del proletariado, la constante extensión de la producción. Aquí nos importa poco el saber lo que harían los *cartels* de los capitales nuevamente acumulados si pudieran conseguir la regulación de la producción; nos importa poco el saber si se verían obligados por la acumulación de capital á aumentar la producción, ó si serían heridos de muerte. Pero es seguro que todo obstáculo á la extensión de la producción, con la forma de producción actual, lleva á una situación insoportable, y que es una locura el creer que los efectos serán menos sensibles á los obreros si aquella es producida no por las crisis y las bancarrotas, sino por coaliciones artificiales de los industriales. Al contrario, si los industriales quieren prevenir la crisis haciendo sentir sus efectos á los obreros en los períodos de prosperidad; si, para salvar sus beneficios, hacen soportar sólo á los obreros las consecuencias de una limitación de la producción, ó aun antes de que aquella se produzca, las consecuencias de una superproducción, todos estos procedimientos han de agravar el antagonismo entre el capital y el trabajo.

En vez de hacer que desaparezcan los efectos de las crisis que favorecen los progresos del Socialismo, obran, por el contrario, en el mismo sentido, verosímilmente, sin acabar con las crisis. Más que cualquier otro fenómeno de la vida social capitalista llevan al ánimo de las clases trabajadoras el sentimiento de la necesidad de la expropiación de los expropiadores y les persuaden de que la conquista de los Poderes políticos por el proletariado es el único medio eficaz de conseguirlos.

El mismo Bernstein afirma que los *cartels* pueden tener graves consecuencias para los obreros, pero sigue siempre hipnotizado con la idea fija de que en el Partido Socialista hay gentes influyentes que esperan la liberación del proletariado, no como resultado de una lucha encarnizada contra sus enemigos, sino como efecto de una crisis universal imaginaria.

«Virtualmente, el medio de preservación capitalista contra las crisis lleva en sí los gérmenes de una nueva *esclavitud* de la clase obrera, y de privilegios de producción que son, en una forma más categórica aún, la reproducción de los antiguos privilegios de los veedores. Desde el punto de vista de los obreros, me parece mucho más importante el darse cuenta de sus posibilidades que el profetizar «su impotencia». Para la clase obrera es, en principio, completamente secundario el saber si, á la larga, serán capaces de realizar su fin principal: prevenir las crisis. Pero esta cuestión adquiere una grandísima importancia á partir del momento en que se fundan sobre la crisis general esperanzas de emancipación de la clase obrera. Porque en este caso, la idea de que los *cartels* nada pueden contra la crisis, puede ser causa de funestas omisiones.»

¿Qué idea tan singular debe haberse formado Bernstein de sus amigos políticos? ¿Qué es lo que piensa de nuestro movimiento, si admite que «se fundan sobre las crisis próximas esperanzas tan ciertas, que hasta pueden «llegar á ser la causa de funestas omisiones»?

¡Desgraciadamente hay gentes que juzgan al partido socialista tomando en consideración estos lamentos de Casandra!

### i) El Programa socialista.

Bernstein termina su examen de la evolución económica de la sociedad moderna con sus consideraciones sobre las crisis y los *cartels*.

¿Nos conducen á modificar nuestro programa? ¿Han demostrado que las vías de la evolución económica no son las que Marx indica?

Yo creo que con toda tranquilidad podemos contestar negativamente á esta pregunta.

Y no me refiero al programa de Erfurt solamente, sino á las grandes líneas de todos los programas modernos que examinan los fundamentos de las reivindicaciones socialistas.

El programa de Hainfeld del Partido Obrero austriaco, por ejemplo, declara:

«El Partido Socialista Obrero de Austria aspira para el pueblo entero, sin distinción de nacionalidad, de raza y de sexo, á la liberación de los lazos de dependencia económica, á la obtención de los derechos políticos y á la supresión de la miseria intelectual. La causa de este estado indigno no debe buscarse en las instituciones políticas, sino en el hecho dominante en todo el estado social de que los medios de producción están monopolizados por cierto número de propietarios. Los que trabajan, la clase obrera, se convierten así en esclavos de los que poseen un medio de producción, la clase de los capitalistas, cuya preponderancia política y económica está representada por el Estado moderno. La propiedad individual de los medios de producción tiene como consecuencia, desde el punto de vista político, el Estado en manos

de una clase, y desde el punto de vista económico, la pobreza creciente de las masas, el empobrecimiento progresivo de fracciones del pueblo cada vez más numerosas.

«Por el desarrollo de la industria, el colosal incremento de las fuerzas productivas, esta forma de la propiedad resulta no tan sólo superflua, sino también *esta forma de la propiedad desaparece poco á poco para la gran mayoría del pueblo, mientras que las condiciones necesarias intelectuales y materiales de la forma de la propiedad colectiva se realizan cada vez más.* Devolver los medios de producción á la propiedad colectiva del conjunto, del pueblo trabajador, es, pues, no sólo libertar á la clase obrera, sino también acabar una evolución histórica necesaria. Esta evolución no puede acabarse más que por el proletariado consciente de sus deberes é intereses de clase organizado como partido político.

«Organizar al proletariado como partido político, hacerle consciente de su situación y de su misión, prepararle intelectual y físicamente para la lucha, es el verdadero programa del Partido Obrero Socialista de Austria, para cuya aplicación empleará todos los medios oportunos y de conformidad con el sentimiento natural que tiene el pueblo de su derecho.»

El programa del Partido Obrero francés empieza declarando:

«Que la emancipación de la clase obrera es la de todos los seres humanos sin diferencia de sexo ni de raza;

«Que los productores no pueden ser libres si no están en posesión de los medios de producción;

«Que hay dos formas bajo las cuales pueden pertenecerles los medios de producción;

«1.<sup>a</sup> La forma de la propiedad individual, que jamás fué un hecho general y *que desaparece cada vez más por consecuencia de la evolución industrial.*

«2.<sup>a</sup> La forma de la propiedad colectiva cuyos elementos materiales é intelectuales *son suministrados por la misma evolución de la sociedad capitalista.*»

En todas partes encontramos substancialmente la misma serie de ideas que en el programa de Erfurt del Partido Socialista alemán. No se trata, pues, en primer lugar de la forma particular de este programa, sino de las miras generales que dirigen todo el movimiento socialista internacional.

En el momento mismo en que escribo estas líneas, publica Bernstein en el *Vorwärts* (3 de septiembre) un artículo titulado «Lo que pienso de la parte teórica del programa de Erfurt», en el que no habla sino de la forma demasiado absoluta que ofrecerían hoy algunas frases de aquel programa: «Yo digo hoy, porque—hecha abstracción de la cuestión agraria—reconozco, á pesar de todo, su exactitud condicional. En cuanto á la cuestión agraria aun no se ha dicho la última palabra sobre el particular.»

Esta actitud no deja traslucir en Bernstein la necesidad urgente de revisar el programa. Al final de su artículo, dice:

«Después de lo que antecede, no puede haber ninguna duda sobre lo que yo pienso de la parte teórica del programa del Partido.

«Si estuviera á la orden del día la modificación del programa, no vacilaría un instante, si se me rogara preparar una redacción conforme á mis

ideas. Pero no me siento inclinado á ello. No soy yo quien ha implicado el programa en la discusión. No consideraría que ha llegado la ocasión de juzgarle sino en el caso de que en el Partido se propagara la convicción de que en su forma actual, no responde ya al estado de los estudios sociológicos y á las necesidades de la propaganda del Partido. Hasta entonces, el deber de los escritores que se ocupan en las cuestiones teóricas sólo puede consistir en trabajar en la medida de nuestras fuerzas para aumentar las nociones sociológicas.»

Yo tampoco veo en esta discusión el menor motivo para someter á una revisión la redacción del programa de Erfurt. Pero si hubiera de procederse á esta revisión, se debería, ante todo, examinar si la redacción actual significa verdaderamente lo que ha querido Bernstein que signifique.

Creo haber demostrado que la crítica que hace Bernstein de la «teoría catastrófica» se resiente no sólo de que no explica las cosas con exactitud, sino también de que concibe la teoría socialista de un modo que no está conforme con las ideas que dominan en nuestro Partido. La misma observación debe hacerse á propósito de su crítica á la redacción del programa de Erfurt.

Entre otras cosas, dice:

«En resumen, no puedo suscribir los principios que consideran al Socialismo como la consecuencia *necesaria* de hechos puramente económicos, como la manera de salir de una *derrota* económica y la alternativa ó el resultado de una violenta *colisión*.»

Y yo pregunto: ¿Dónde se trata en el programa de Erfurt de una *derrota* económica y de una *vio-*

*lenta colisión*? He aquí el párrafo que se refiere al Socialismo:

«Únicamente la transformación de la propiedad individual de los medios de producción en propiedad colectiva y la transformación de la forma de producción capitalista en forma de producción socialista, puede hacer que la gran industria y la productividad siempre creciente del trabajo social dejen de ser para las clases hasta aquí explotadas un manantial de miseria y de opresión, para convertirse en fuente de bienestar y perfeccionamiento armónico universal.»

¿Dónde se habla aquí de *derrota económica*, de *colisión*? El programa de Erfurt no habla una palabra de la forma del *advenimiento* del Socialismo, por la sencilla razón de que es imposible decir algo sobre esto.

El programa de Erfurt fué aprobado por unanimidad por la Comisión encargada de su redacción. De aquella Comisión formaba parte Vollmar, que en el mismo Congreso defendió sus llamados discursos oportunistas. ¿Cree Bernstein que Vollmar hubiese prestado su asentimiento á una redacción del programa que afirma perentoriamente la necesidad de una *colisión*?

No; el programa no habla absolutamente nada referente á la manera como se realizará el Socialismo, si será por un trabajo pacífico ó por colisiones violentas, ó, como admitimos la mayor parte de nosotros, por ambos procedimientos.

Otra objeción de Bernstein á la redacción del programa de Erfurt proviene de su concepción de la «necesidad económica», que en el citado artículo toma como sinónimo de necesidad técnica y que opone á necesidad *social*. Dice que la «necesidad

de la socialización de la producción no puede deducirse de la *técnica industrial*, ¡como si en el programa de Erfurt se tratara de esto! «La evolución industrial de la producción—dice Bernstein—no es un factor real de la evolución socialista en el sentido de que este factor por sí mismo nos llevaría a la socialización *inmediatamente*. La socialización se verifica más bien *indirectamente* bajo la acción de las necesidades *sociales ó políticas*; así se ha verificado para el correo, los ferrocarriles, etc.»

Compárense estas líneas con el párrafo antes citado del programa de Erfurt, que deduce la necesidad del Socialismo de las necesidades de la *clase obrera* y no de las necesidades de la explotación industrial, y se verá lo que debe pensarse de la opinión de Bernstein acerca de la necesidad económica.

En otro párrafo del artículo en cuestión critica Bernstein este principio: la realización del Socialismo «sólo puede ser obra de la clase obrera», y se cree obligado á exponernos detenidamente que en el Partido, al lado de los proletarios, se encuentran también otros elementos, que á veces son los más útiles.

Pero si este hecho estuviera en contradicción con el principio antes mencionado, ¿cómo se explica que los veintiún miembros de la Comisión del programa, entre los que había alguno «académico» y pequeños burgueses, le adoptaran por unanimidad y el mismo Bernstein no encontrara en él nada que modificar? ¿Consideraba entonces que sólo las callosas manos de los obreros podían ser útiles al Partido Socialista? Luego si hoy no puede suscribir este principio que hace ocho años aceptaba, sólo debe atribuirse á que no le interpreta de la misma manera. Entonces sabía bien que el principio

no se refiere á los *individuos*, sino á las *clases*, puesto que dice: de todas las *clases*, la *clase obrera* es la única que hará triunfar el Socialismo. Ya volveremos á insistir sobre este punto.

Si queremos, pues, examinar las críticas que ha formulado Bernstein á la redacción del programa, debemos primero ver si el programa dice lo que Bernstein lee en él.

Pero volvamos á la obra de Bernstein. Aquí no se trata de la redacción de algunas frases del programa, sino de los principios que constituyen el fondo de todos los programas socialistas. Nuestros adversarios también han visto en aquélla una ruptura con nuestros principios, un indicio de disgregación del Partido Socialista. Y, en efecto, lo que se deduce de estas consideraciones no es solamente que la redacción de algunas frases del programa tenga una forma demasiado «absoluta». ¿No premia á veces en una forma muy «absoluta», que la evolución económica de la sociedad moderna no sigue completamente la dirección que la asignó Marx, y que el Partido Socialista, después de Marx, adoptó como verdadera en su programa? Si, tiene razón Bernstein, no solamente debe modificarse la redacción de la introducción de nuestro programa, sino todo su *contenido*.

¿Qué quieren decir, entonces, las reivindicaciones socialistas, que nuestro programa deduce de los principios de la introducción?

Ciertamente las reivindicaciones no serían necesariamente caducas si lo fueran sus bases. Con mucha frecuencia se ven conclusiones muy exactas deducidas de premisas falsas. Pero es imposible exigir que se admita como justa una idea cuya verdad no haya sido demostrada.

Yo admitiría de buena gana que se pudieran dar al Socialismo otras bases que las que le da Marx.

Antes que Marx y en tiempo de Marx ha habido numerosos socialistas que han dado á sus reivindicaciones bases excelentes y profundas, pero todos indicaban sobre qué fundaban sus reivindicaciones.

Bernstein tiene indudablemente razón al pretender que «no es la concepción de las formas de la evolución real lo que hace al socialista», sino «la concepción de la sociedad tal como debe ser, la convicción socialista, la voluntad». (*Vorwärts*, 6 de mayo 1899.) Pero si esta voluntad se presenta sin fundamentos como un *sic volo sic jubeo*, no podrá esperarse de semejante socialismo una gran fuerza propagandista. Una voluntad semejante puede ser el fundamento de un socialismo para un uso personal, no de un socialismo alrededor del cual puede cristalizar un gran partido.

Como vimos ya en el primer capítulo, Bernstein no deja ver si para él es una necesidad el socialismo ó un simple deseo. Pero tampoco demuestra por qué es deseable el socialismo. Rechaza su fundamento puramente económico, pero ¿con qué lo reemplaza?

Accidentalmente hace notar (*Vorwärts*, 26 de marzo) que «en el movimiento socialista la conciencia del justo (*Rechtsbewusstsein*), el esfuerzo hacia condiciones sociales aún más justas, es un factor por lo menos tan eficaz é importante como la miseria», pero en vano se buscará en él una prueba de que la sociedad socialista es aún más justa que la sociedad moderna, puesto que demuestra que ésta no es tan injusta como se cree. Tampoco demuestra por qué la conciencia del justo (en

los obreros, como hace notar más adelante) conduzca al Socialismo. Yo entendía las palabras conciencia del justo como *sentimiento del justo*, necesidad de justicia, otra expresión que supone «esfuerzo hacia condiciones sociales aún más justas». Pero Bernstein nos dice que conciencia del justo significa «el sentimiento que tengo de estar en lo cierto». En verdad, esto es diferente, pero ¿por qué ese sentimiento sublime conduce no á la manía de tener siempre razón, sino al pensamiento socialista? No lo veo claro.

Además, hace notar Bernstein que «la lucha de clase continúa lo mismo si el movimiento obrero recibe su impulso, no ya de la extrema miseria material, sino de nuevas necesidades, resultante de un nivel de cultura más elevado y de la conciencia cada vez más grande de la igualdad de los derechos».

Bien, pero estos factores, lo mismo que «la conciencia del justo» determinan simplemente un movimiento obrero, un esfuerzo de los obreros hacia una cultura más elevada y á la igualdad de los derechos; no prueba que los obreros deben estar convencidos de que aquellos resultados sólo pueden alcanzarse por la supresión de la forma de producción capitalista y de la propiedad capitalista. Los factores del movimiento obrero que señala Bernstein, los reconocen también los economistas burgueses.

Inútilmente buscaremos en el libro de Bernstein otros factores del movimiento obrero. Su libro no demuestra que el Socialismo es necesario ni siquiera deseable; por el contrario, más bien hace que se dude de ello.

Las objeciones que opone á la teoría marxista

del capital, son las mismas que alega desde hace mucho tiempo el liberalismo económico contra el Socialismo. Y hasta que se pruebe lo contrario, no veo que de estas objeciones puedan deducirse otras consecuencias que las que los liberales han deducido.

Si los grandes inconvenientes de la forma de producción capitalista son inherentes tan sólo á sus principios y han de disminuir con el tiempo; si el número de los que poseen aumenta; si los contrastes sociales se atenúan cada vez más; si los proletarios tienen cada vez más probabilidades de llegar á ser independientes, ó á lo menos de obtener una situación satisfactoria, para qué el Socialismo? Si yo pensara de la evolución capitalista lo que piensa Bernstein, confieso francamente que consideraría al Socialismo como un gran error. Si Bernstein llegase á persuadirme también de la exactitud de las objeciones que hace á la concepción socialista de nuestra forma de producción, yo diría: Nuestro sitio no está ya en el Partido Socialista, sino en un partido sencillamente radical, ó mejor aún, porque no quisiera separarme de mi partido, yo propondría que se adoptase, en vez del programa colectivista revolucionario, un programa reformista.

Es un hecho que Bernstein ha sido reconocido como correligionario por las diferentes fracciones de los radicales que exigen reformas sociales en Alemania. Sin embargo, no tienen derecho para proclamar á Bernstein como correligionario, porque su *voluntad*, su *convicción* son las únicas que deciden su actitud, y éstas, como declara él mismo, son socialistas. Pero, en mi concepto, las fracciones liberales tienen derecho para reclamar como su-

yas sus *explicaciones teóricas*, porque la voluntad y la convicción de su autor no deciden de su sentido.

Por fortuna, aunque los liberales tengan razón en este punto, los hechos reales no son susceptibles de desarraigar el *sentimiento de que estamos en lo cierto*.